

patas traseras, para impedir que huyera. Repercutieron los ecos el ruido del hacha, manejada por el vigoroso puño de un negro; pero el tronco era duro y grueso, y la operación fué larga, hasta que, al fin, cayó con desusado estrépito en el suelo, arrastrando al atemorizado oso.

Los perros se lanzaron sobre su presa, y nosotros, montados á caballo, la cercábamos por todos lados. Forzada la alimaña al combate, recobró el valor y la energía de la desesperación; luchó denodadamente con los perros, ahogando entre sus brazos á uno, destrozando, con una terrible manotada, la cabeza de otro, y sembrando el suelo de cadáveres de perros. Uno de los canes, más rudo y vigoroso que los otros, saltó sobre la nariz del oso, á la que se agarró, mientras que una docena de perros acometían, por todos lados, á la fiera.

El oso, furioso, procuraba desasirse, lanzando miradas de venganza y de rabia. Decidimos acabar aquella escena, temerosos de un accidente; pero, en aquel instante, desembarazándose el oso de los perros, merced á un vigoroso impulso, se lanzó sobre uno de los negros. El oso clavó sus dientes y garras en el pecho del caballo que aquél montaba, y la cabalgadura, espantada, comenzó á dar saltos, hasta que cayó. El negro, manco de fuerza atlética, y excelente jinete, había permanecido pegado á la silla, y pidió á su amo que no disparase. Á despecho de su sangre fría, temblábamos por la suerte del negro, que había rodado por el polvo, junto con el caballo; pero Scipión se levantó rápidamente, y, con un hachazo, hendió el cráneo del oso. Un sordo y profundo gruñido anunció la muerte de la fiera.

La aurora comenzaba á despuntar, cuando continuamos la cacería. Los dos osos que quedaban fueron pronto descubiertos á un centenar de pasos del sitio en que fué muerto el otro.

Cercamos los árboles sobre que se habían posado, y, para hacerles bajar, reunimos hojarasca y ramaje seco al pie, y encendimos una buena hoguera. Los dos pequeños osos se encaramaron á lo alto de las ramas, y, al fin, cayeron. La jauría les despedazó en breves instantes.

## VI

Los salvajes suelen acompañar la caza del oso á extrañas prácticas supersticiosas.

El oso no es, para ellos, un animal vulgar, sino un ser misterioso.

El P. Charlevoix relata las principales ceremonias que preceden á una de estas cacerías.

« Cuando el jefe ha señalado el período de la caza, que tiene lugar en invierno, los cazadores ayunan durante ocho días, á fin de tener favorables á los espíritus. Concluído el ayuno, el jefe les regala con una suculenta comida, y los cazadores salen de su tribu, entre aclamaciones y hurras.

Cuando los cazadores han descubierto el escondrijo del oso, forman un círculo que avanza, avanza, estrechándose, á fin de que no escape ninguna de las alimañas.

Aquellos guerreros suelen llevar grandes perros de excelente raza. Atacan al oso en su guarida; y, como con frecuencia se halla acurrucado en el hueco de un árbol, los salvajes reconocen el sitio por el vapor ligero que sale del agujero, ó por la señal impresa con las garras en el tronco. Entonces sacuden el tronco con palos, y el oso aparece. Otras veces se encaraman sobre árboles vecinos al en que se halla el oso, y arrojan ramas encendidas al tronco donde la fiera se halla oculta, y la fuerzan á salir. »

Hearne narra otro genero de caza, usado por los indios del norte. Ocultos los osos en cavernas subterráneas, tapan la abertura, dejando sólo un orificio, por donde matan al aletargado animal, con la lanza, ó bien con balazo.

Duhant-Cilly, en su *Viaje alrededor del mundo*, refiere que en California se aprisiona al oso vivo, merced al lazo, y que es una alegre fiesta venatoria para los consumados jinetes, que, dando mil giros y revueltas, cogen al animal disparando con singular destreza el artificio que les es familiar.

Los cazadores atraen al oso por medio del cebo de una pieza muerta, y allí le aguardan silenciosamente. Si el oso intenta lanzarse sobre uno de los jinetes, los otros le disparan el lazo, le arrollan el cuello y le arrastran al galope; pero si, lo que es más común, el oso huye, entonces uno de los cazadores montados ha de cortar la retirada, mientras los otros acuden y le echan el lazo.

En la Luisiania y el Canadá, donde abundan los osos negros, se refugian en el tronco carcomido de los árboles, y se les hace salir por medio del fuego.

Alejandro Henry, el primer inglés que viajó por el país de las pieles, refiere lo siguiente: « Era el mes de enero, cuando descubrí en el tronco de un inmenso pino las trazas de las garras de un oso. Examinando

más cerca el tronco, vi, en la parte superior, un gran agujero, por donde, sin duda, se introducía el oso.

Comuniqué mis impresiones á los indios, y éstos resolvieron derribar el árbol, que tenía tres brazas de circunferencia. Al día siguiente empezaron la tarea, y, por la tarde, habían llegado á la mitad, cuando, rendidos por el cansancio, lo dejaron para el día inmediato, en el que al fin dieron con el árbol al suelo.

Grande fué nuestra alegría, cuando vimos salir al fin el oso, al que cazamos, llevando el trofeo á la aldea india, donde se celebró la caza con grandes fiestas, danzas y gritos. »



Osos hormigueros

## VII

En la América del Sur, vagan también osos de dos especies, señalados por características diferencias. El oso de anteojos (*ursus ornatus*), llamado así á causa de dos manchas blancas que tiene en derredor de los ojos, y que parecen unos anteojos; y otra, cuyos ojos carecen de aquel adorno, y que un célebre naturalista alemán ha denominado recientemente *ursus frugilegus*.

La primera de estas dos variedades es conocida en todo el Perú con el nombre de *hucumari*; y, aunque este oso habita en las cordilleras, no se eleva casi nunca hasta las regiones en que la temperatura se enfría sensiblemente. Prefiere los climas cálidos, y no es raro encontrarle rondando por las plantaciones al pie de las sierras. El *ursus frugilegus* frecuente principalmente los bosques espesos que cubren la vertiente oriental de los Andes. También se le encuentra con frecuencia en los valles de la montaña; pero nunca en las inmediaciones de la región de las nieves.

Ambas castas son negras, y los hispano-americanos las designan indistintamente con el nombre de *osos negros*. Pero el *hucumari*, independientemente de su par de anteojos, tiene una lista blanca debajo de la

garganta, el pecho blanco y el hocico de color de fuego. Es, además, de un natural más dulce que su congénere, de tamaño más pequeño, y no ataca nunca á los otros animales. El *ursus frugilegus*, por el contrario, comete todo género de estragos con gran frecuencia, metiéndose entre los rebaños de carneros; ataca hasta á los toros

y caballos de las haciendas, y se bate con el hombre mismo cuando se ve perseguido y atacado de cerca.

La mayor parte de naturalistas afirman que esas dos variedades

de osos no existen más que en los Andes de Chile y del Perú. Esto es un error.

Vagan igualmente por la Bolivia y sierras de Nueva Granada y Venezuela.

Hállanse aquellas alimañas en las dos riberas del Macaraibo, en las sierras

llamadas *Perija* y *Merida*, y una de esas especies, por lo menos, ha sido hallada en las montañas de la Guyana. Humboldt cuenta también que ha visto, en el Orinoco superior, huellas que los indígenas señalaron ser de un oso, y que debían ser de un animal mucho más pequeño que el *ursus americanus*.

Pero, esta vez, un nombre mal explicado ha inducido á error al gran naturalista.

Los indios de las misiones apellidan *oso* á muchas especies de animales que no pertenecen á la gran familia de los osos. Así es que tienen al *oso palmero*, ó gran comedor de hormigas, que no es más que el tamandúa, del cual hacen el *oso hormiguero*. El animal sobre cuyas huellas llamaron la atención de Humboldt, y que éste designa con el nombre de *oso carniceiro*, pertenece, sin duda, sencillamente, á la familia de los pequeños animales plantígrados (*coatis* ó *grisous*), que tanto abundan en los bosques de la América del Sud.

En la cadena de los Andes es seguro hallar las dos variedades de osos negros de la América meridional. El mejor camino es remontar el Napo, que nace no lejos de Quito, la antigua capital del Perú.

El principal artificio para la caza es el lazo, que los naturales del país manejan con maravillosa destreza, amén del fusil y el arma blanca.